

Agatha Christie®



La última novela
sobre espías de la
REINA DEL CRIMEN

PASAJERO PARA FRANKFURT



booket

Agatha Christie

Pasajero para Frankfurt

Traducción: Ramón Margalef Llambrich



Christie, Agatha

Pasajero para Frankfurt / Agatha Christie. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Booket, 2021.

232 p. ; 19 x 13 cm.

Traducción de: Ramón Margalef Llambrich.

ISBN 978-987-8435-18-3

1. Narrativa Inglesa. 2. Novelas Policíacas. I. Margalef Llambrich, Ramón, trad. II. Título.

CDD 823

Título original: *Passenger to Frankfurt*

© 1970, Agatha Christie Limited. Todos los derechos reservados.

© 1971, Editorial Molino, por la traducción

Traducción: Ramón Margalef Llambrich

Ilustraciones de portada: Rocío Fabiola Tinoco Espinosa y

Miguel Ángel Chávez / Grupo Pictograma Ilustradores

Adaptación de portada: Alejandra Ruiz Esparza

AGATHA CHRISTIE, PASSENGER TO FRANKFURT y la firma de Agatha Christie son marcas registradas de Agatha Christie Limited en todo el mundo. Iconos Agatha Christie Copyright © 2013 Agatha Christie Limited. Usados con permiso.

Agatha Christie®

Derechos reservados de esta edición

© 2021, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Booket®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición en esta presentación: julio de 2021

2.000 ejemplares

ISBN 978-987-8435-18-3

Impreso en Talleres Gráficos Leograff S.R.L.,
Rucci 408, Valentín Alsina, Pcia. de Buenos Aires,
en el mes de junio de 2021

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Capítulo primero

UN PASAJERO PARA FRANKFURT

—Sujétense los cinturones, por favor.

Los pasajeros del avión obedecieron lentamente aquella orden. Existía la impresión general de que no podían estar llegando ya a Ginebra. Los amodorrados gruñeron, bostezando. Aquellos que se encontraban algo más que amodorrados fueron objeto de la atención especial de una autoritaria azafata.

—Sus cinturones de seguridad, por favor.

La seca voz llegó a sus oídos por el altavoz. Explicó en alemán, francés e inglés que iban a atravesar una corta zona en la que imperaba el mal tiempo. Sir Stafford Nye abrió la boca todo lo que ella daba de sí. Bostezó, irguiéndose en el asiento. Había tenido un agradable sueño, a lo largo del cual se veía dedicado a la pesca en un río inglés.

Era un hombre de cuarenta y cinco años de edad, de mediana altura. Su rostro, de tono ligeramente aceitunado, aparecía perfectamente afeitado. En lo tocante al atuendo, caía siempre en la extravagancia. De familia excelente, se sentía a gusto dejándose llevar por sus caprichos en su vestimenta. Cuando lograba hacer parpadear a sus colegas, abría la espita de una fuente de malicioso placer. Había algo en su persona propio de un hombre del siglo XVIII. Le agradaba hacerse notar.

Su prenda preferida, cuando viajaba, era una especie de capa de bandolero que una vez comprara en Córcega. Era de un azul violáceo, con un forro escarlata. Le colgaba por la parte posterior como una capucha con la que podía taparse la cabeza si tal era su deseo, para evitar, por ejemplo, una corriente de aire.

Sir Stafford Nye había provocado el mayor de los desconciertos en los círculos diplomáticos. Destinado desde bien joven, por sus dotes, a emprender grandes cosas, todo se había quedado posteriormente en promesas. Un peculiar y diabólico sentido del humor le afligiría en los que hubieran debido ser sus más serios momentos. En el punto crítico, se encontraba

con que prefería siempre hacer uso de su malicia, delicadamente traviesa, antes que molestar. Era una figura bien conocida en la vida pública, que no había alcanzado un nivel eminente. Se estimaba que Stafford Nye, aunque era brillante, no resultaba, ni resultaría jamás, un hombre seguro. En días de enmarañada política, de complicadas relaciones internacionales, era preferible la seguridad, especialmente en el rango de embajada, a la brillantez. Sir Stafford Nye se vio dejado a un lado, aunque ocasionalmente le fueron confiadas misiones en las que era preciso desplegar el arte de la intriga. Pero éstas no fueron de carácter importante o público. Los periodistas se referían a él a veces citándole como el «caballo negro» de la diplomacia.

Nadie sabía si sir Stafford había sufrido una desilusión con su carrera. Ni siquiera el propio interesado, probablemente. Era un hombre de cierta vanidad y también una persona que gozaba dis-culpando sus inclinaciones hacia las travesuras.

Regresaba ahora de una misión que había tenido por escenario Malasia. Habíala encontrado singularmente falta de interés. En su opinión, sus colegas habían tomado posiciones antes de indagar nada. Habían visto y oído muchas cosas, pero sus juicios preconcebidos no sufrieron alteración. Sir Stafford había animado el cotarro, más por gusto que por obedecer a cualquier acentuada convicción. Deseaba que surgiesen más posibilidades de hacer una cosa semejante. Sus compañeros de comisión se habían comportado como unos hombres cabales, en los que se podía confiar en ciertos instantes, resultando notablemente aburridos. Incluso la bien conocida mistress Nathaniel Edge, el único miembro femenino del grupo, famosa por sus salidas, no se hizo la tonta cuando hubo que ceñirse a los hechos tal como se hallaban planteados. Ella vio, escuchó y jugó sobre seguro.

Habíala conocido antes, en ocasión de un asunto que hubo que resolver en una de las capitales balcánicas. Fue allí donde sir Stafford Nye no se mostró capaz de contenerse a la hora de embarcarse en unas interesantes sugerencias. En *Inside News*, un periódico sensacionalista, se insinuó que la presencia de sir Stafford Nye en la ciudad estaba íntimamente relacionada con los problemas de los Balcanes, y que su secreta misión era de índole sumamente delicada. Un amigo amable había enviado a Stafford un ejemplar del diario, con el pasaje marcado. Sir Stafford no se desconcertó. Leyó aquello con una sonrisa, encantado. Di-

vertíale mucho hacer ver cuán ridículamente lejos de la verdad se encontraban los periodistas en aquella ocasión. Su presencia en Sofiagrado había sido debida a los apremios y al inocente interés que por las flores silvestres sentía una antigua amiga suya, lady Lucy Cleghorn, infatigable en su búsqueda de rarezas florales, quien a la vista de cualquier espécimen notable no vacilaba en trepar a lo alto de una escarpadura o en sumergirse en una masa de niebla, siempre con el afán de hacer suya la flor de turno, la longitud de cuyo nombre latino se hallaba siempre en proporción inversa al tamaño de aquélla.

Una pequeña banda de entusiastas había estado prosiguiendo esta investigación botánica en las laderas de las montañas por espacio de unos diez días, cuando sir Stafford pensó que era una lástima que la información publicada no fuese cierta. Estaba un poco cansado —justamente un poco— de las flores silvestres y, aunque quería a la vieja lady, su habilidad a sus sesenta y tantos años para trepar por las rocas, alcanzándole y rebasándole fácilmente, en ocasiones le enojaba. Enfrente de él veía en todo momento los pantalones azules de la dama... Había estado pensando en un pequeño pastel internacional en el que poder mojarse los dedos, con el que jugar a jugar un poco...

Dentro del avión resonó la voz metálica de momentos antes. Se notificaba a los pasajeros que, debido a la cerrada niebla que había en Ginebra, el aparato se dirigía al aeropuerto de Frankfurt. Desde aquí continuarían viaje a Londres. Los pasajeros para Ginebra serían reexpedidos de Frankfurt tan pronto como fuese posible. A sir Stafford Nye esto le daba igual. Si había niebla en Londres, suponía que se desplazarían hasta Prestwick. Esperaba, sin embargo, que no sucediese eso. Ya había visitado Prestwick demasiadas veces. La vida, pensó, y los viajes aéreos resultaban excesivamente aburridos. Si al menos... Si al menos... *¿qué?*

Hacía calor en la sala de pasajeros en tránsito de Frankfurt, de manera que sir Stafford Nye se echó hacía atrás la capa, con lo cual sobre los hombros se hizo visible espectacularmente el forro escarlata de la prenda. Se puso a saborear un vaso de cerveza, escuchando a medias los anuncios transmitidos por el altavoz.

«Vuelo 4378 para Moscú. Vuelo 2381 para Egipto y Calcuta.»
La gente iba de un lado para otro del globo. ¡Qué interesan-

te debía de ser aquello! Pero había algo en la atmósfera de una sala de viajeros en tránsito, en un aeropuerto, que ahogaba toda posibilidad de aventura. Se veía por allí demasiada gente; había allí demasiadas cosas que comprar; había un exceso de asientos similares, un exceso de plástico, de seres humanos, de criaturas que lloraban. Hizo un esfuerzo intentando recordar quién había dicho:

*Quisiera amar a la raza humana;
Quisiera amar su necia faz.*

¿Chesterton, quizá? Eso era indudablemente cierto. Nada más juntar varias personas, veíase lo mucho que entre sí se parecían. La cosa resultaba insoportable. Ahora bien, pensó Stafford, ¿en qué alteraría la situación una cara interesante? Fijó la vista en dos jóvenes espléndidamente proporcionadas, vestidas con el uniforme nacional de su país —Inglaterra, presumía—, con minifaldas más y más cortas. Después, miró a otra muchacha todavía más escultural —una mujer de extraordinario buen ver—, que llevaba lo que él creía que podía ser llamado un «vestidoculotte». La joven había ido más lejos todavía dentro del camino de la moda.

No se hallaba interesado por la chicas de buen ver, semejantes a muchas otras por el estilo. Aspiraba a algo diferente. Alguien tomó asiento a su lado, en el mismo sofá en que él se había dejado caer. Su cara atrajo su atención inmediatamente. No precisamente porque fuese distinta. La verdad era que hasta creía reconocerla. Allí, a su lado, había una persona a quien ya viera antes. No podía recordar dónde ni cuándo, pero el rostro le era familiar. En cuanto a la edad, pensó que frisaría en los veinticinco o veintiséis años. La joven tenía una delicada nariz aguileña; sus negros cabellos le llegaban hasta los hombros. Tenía entre las manos una revista, pero no le prestaba la menor atención. Sir Stafford notó en su expresión cierta ansiedad. O algo más... De pronto, empezó a hablar. Él oyó una voz de contralto, casi tan profunda como la de un hombre. Notó un ligero acento extranjero...

—¿Puedo hablarle?

Stafford la estudió un momento antes de contestar. No, aquello era un abordaje sospechoso. Allí había otra cosa.

—No sé por qué no ha de hacerlo —respondió—. Al parecer, además, aquí disponemos de tiempo de sobra.

—La niebla —comentó ella—. Niebla en Ginebra, niebla en Londres, quizá. Niebla por todas partes. No sé qué hacer.

—¡Oh! No tiene por qué estar preocupada —dijo sir Stafford para tranquilizarla—. La llevarán a su destino sin novedad. Esa gente de los aviones es muy eficiente. ¿A dónde se dirige?

—Me dirigía a Ginebra.

—Bien. Supongo que al final de todo irá a parar allí.

—Tengo que ir a Ginebra *ahora*. Si me presento en Ginebra, todo marchará bien. Alguien irá a mi encuentro allí. Estaré a salvo, segura.

—¿A salvo? —inquirió sir Stafford sonriendo levemente—. ¿Segura?

Ella respondió:

—He hablado de seguridad, sí. He ahí una palabra de nueve letras, pero de distinto tipo a otras de construcción semejante por las que se interesa la gente hoy. Y, sin embargo, puede significar mucho. Para mí es de gran importancia. —A continuación, añadió—: Fíjese: si no puedo trasladarme a Ginebra, si he de dejar este avión aquí, o si me veo obligada a continuar viaje en él hasta Londres, sin más disposiciones previas, me matarán. —La joven observó el rostro de sir Stafford atentamente—. Supongo que usted no me cree.

—Me parece que no.

—Es cierto, cierto.

—¿Quién quiere matarla?

—¿Importa eso ahora?

—A mí, no.

—Usted puede creerme, si quiere. Le estoy diciendo la verdad. Necesito ayuda, ayuda para llegar a Londres sin novedad.

—¿Y por qué me ha escogido a mí para ayudarla?

—Porque pienso que usted sabe algo acerca de la muerte. Usted ha visto, quizá, cómo se presenta a veces.

Stafford miró atentamente a la joven, fijando la vista en otra parte después.

—¿Hay alguna otra razón? —inquirió.

—Sí. Ésta. —Ella extendió una mano, de aceitinada piel, tocando los pliegues de la voluminosa capa—. Ésta, sí.

Por primera vez sir Stafford experimentó cierto interés.

—Bien. ¿Qué es lo que quiere usted decir?

—Que es algo poco o nada habitual, muy peculiar. No es una prenda que use todo el mundo.

—Cierto. Diré que es uno de mis caprichos.

—Su capricho puede serme de gran utilidad.

—¿Qué quiere darme a entender?

—Le estoy pidiendo algo. Probablemente, usted se negará. También es posible que no se niegue, ya que pienso que es usted un hombre que se halla decidido a correr ciertos riesgos. A mí, como mujer, me ocurre lo mismo.

—Veamos: ¿qué es lo que proyecta? —preguntó él, con una débil sonrisa.

—Quiero que me ceda su capa, quiero que me entregue su pasaporte. Deseo que ponga en mis manos su pasaje para el avión. Dentro de unos veinte minutos, más o menos, llamarán a los pasajeros del avión para Londres. Yo llevaré encima su pasaporte, vestiré su capa. De esta manera podré dirigirme a Londres y llegar allí sin novedad.

—¿Quiere usted decir que va a hacerse pasar por mí? ¡Mi querida joven!

La joven abrió su bolso, del que sacó un pequeño espejo cuadrado.

—Fíjese en mí y luego mírese en el espejo.

Entonces comprobó sir Stafford lo que vagamente se había insinuado antes en él. Su hermana, Pamela, que había fallecido veinte años atrás... Siempre había habido entre los dos un gran parecido físico. Era un aire familiar muy acentuado. Ella había tenido un tipo de faz ligeramente masculino. El rostro de él, de joven, en cambio, había sido ligeramente afeminado. Se asemejaban en la nariz, la inclinación de las cejas, la sonrisa levemente ladeada de los labios. Pamela había sido una mujer alta, de igual estatura que él. Sir Stafford miró a la mujer que había tendido el espejo.

—Existe cierto parecido físico entre nosotros, en efecto. ¿Quería usted aludir a tal circunstancia? Pero, mi querida joven, no va a conseguir engañar a nadie que me conozca a mí o que la conozca a usted...

—Por descontado que no. Sin embargo... ¿Es que no comprende? Eso no es necesario. Yo visto pantalones largos. Usted, durante todo el viaje, ha permanecido con la capucha echada sobre la cabeza, ocultando a medias el rostro. Todo lo que tengo que hacer es cortarme los cabellos, envolverlos en una hoja de periódico y dejarlos en cualquier cesto de los que hay por aquí, para los desperdicios. Luego, me pondré su capa... Dispondré luego de un pasaje, de su tarjeta de embarque, de su pasaporte.

En el avión no hay nadie que le conozca bien, ya que de lo contrario en cualquier momento hubiese cruzado unas palabras con usted... De este modo, podré hacer el viaje segura. Enseñaré su pasaporte cuando sea necesario, siempre procurando mantener medio ocultos los ojos, la nariz, la boca. En el aeropuerto londinense podré abandonar sin novedad el avión porque nadie sabrá que he viajado en él. Una vez fuera del aeropuerto podré perderme entre la gente de la capital.

—¿Y qué es lo que tengo yo que hacer? —preguntó sir Stafford, siempre sonriente.

—¿Puedo hacerle una sugerencia? ¿Querrá usted secundarla?

—Siempre he prestado mucha atención a las sugerencias de los demás.

—Usted abandona este sitio para ir a comprar un periódico, o una revista, o un pequeño regalo. Dejará su capa sobre el respaldo del asiento. A su vuelta aquí, con lo que sea, usted toma asiento en otra parte, al final de ese banco que queda delante de nosotros, por ejemplo. Enfrente de usted verá un vaso, este mismo vaso. Dentro de él habrá algo que le enviará a la región de los sueños. Se ha quedado dormido en un tranquilo rincón.

—¿Qué pasa después?

—Evidentemente, habrá sido víctima de un robo —explicó ella—. Alguien le habrá echado disimuladamente unas gotas de somnífero en el vaso, robándole a continuación la cartera. Algo por el estilo... Usted declara su identidad, declara que le ha sido robado el pasaporte y sus cosas. No le costará trabajo probar su identidad.

—¿Usted sabe quién soy yo? ¿Conoce usted mi nombre, quiero decir?

—Todavía no —manifestó la joven—. Todavía no he visto su pasaporte. No tengo la menor idea acerca de su identidad.

—Y usted, sin embargo, asegura que podré demostrarla rápidamente.

—Sé juzgar a la gente. Sé qué es lo que tiene importancia y lo que no la tiene. Usted es una persona importante.

—¿Y por qué razón he de prestarme yo a todo ese juego?

—Para salvar una vida humana.

—¿No le parece que su historia resulta un tanto extravagante?

—¡Oh, sí! Es muy fácil no darle crédito. ¿Usted la cree?

Sir Stafford miró a su interlocutora pensativamente.

—¿Usted sabe de lo que me ha estado hablando? De las actividades de una hermosa espía en una novela de intriga.

—Es posible. Pero yo no soy hermosa.

—¿Tampoco es una espía?

—Podiera calificarme de tal. Poseo determinada información. Es una información que no quiero que se divulgue. Tendrá que dar crédito a mis palabras. La información sería de gran valor para su país.

—¿No cree usted que se está conduciendo de una manera más bien absurda?

—Pues sí. Si esto lo escribiese alguien, el relato recibiría ese calificativo. Ahora bien, hay muchas cosas en la vida que no por parecer absurdas dejan de ser verdad, ¿no?

Él la miró de nuevo. Se parecía mucho a Pamela. Su voz, pese a la entonación extranjera, era como la de su hermana. Lo que le estaba proponiendo era ridículo, absurdo, completamente imposible y, probablemente, peligroso. Peligroso para él. Aunque, por desgracia, eso era lo que le atraía. ¡Qué valor! ¡Sugerirle una cosa como aquélla a él! ¿Qué saldría de este asunto? El resultado sería interesante, desde luego.

—¿Qué saco yo de todo esto? —inquirió—. He aquí algo que me gustaría saber.

Ella paseó la mirada por su rostro.

—Para usted esto supondría una travesura, una diversión. Viviría un episodio que se sale de lo corriente, de lo de todos los días. ¿No puede ver en ello, quizás, un antídoto momentáneo contra el aburrimiento? Todavía no hemos avanzado demasiado. Usted es quien ha de decidir.

—¿Y qué pasa con su pasaporte? ¿Tendré yo que comprarme una peluca, si es que venden aquí tales cosas? ¿Me verá obligado a representar en esta comedia un papel femenino?

—No. No se trata de un intercambio. Usted ha sido robado y drogado, pero sigue siendo el mismo de antes. Tome una resolución. No nos queda mucho tiempo. Los minutos transcurren muy rápidamente. Tengo que caracterizarme.

—Usted gana —dijo sir Stafford—. Uno no debe rechazar lo desacostumbrado cuando se le ofrece en bandeja.

—Esperaba que pensara así, pero tenía forzosamente que exponerme a una negativa.

Stafford Nye sacó el pasaporte de uno de sus bolsillos, que deslizó en otro interior de la capa que vestía. Se puso en pie, bostezó, miró a su alrededor, consultó su reloj de pulsera y echó a andar hacia el stand en que se veían desplegadas diversas mercancías, para su venta al público. Ni siquiera volvió la cabeza.

Compró un libro de bolsillo y manoseó varios perrillos y otros animales de fieltro, que constituían regalos adecuados para niños. Finalmente, escogió un panda. Miró en torno a él y regresó al punto en que estuviera sentado unos momentos antes. La capa había desaparecido, lo mismo que la joven. Sobre la mesa se veía todavía un vaso de cerveza lleno a medias. «Ahora —pensó— es cuando voy a arriesgarme.» Cogió el vaso, agitándolo un poco, y bebióse luego el contenido. No actuó rápidamente. Fue muy lento. El líquido tenía idéntico sabor que al principio de todo.

«Y ahora, ¿qué?», pensó sir Stafford.

Cruzó el salón, encaminándose al lado opuesto. Notaba por allí unos ruidos familiares, murmullos de charlas y risas. Sentóse y comenzó a bostezar; luego, apoyó la cabeza en un cojín. El altavoz anunció el despegue de un avión con destino a Teherán. Se animó una multitud de viajeros, que empezaron a alinearse frente a la puerta de salida a la pista. Sin embargo, el salón seguía lleno de gente. Abrió el libro que acababa de adquirir. Volvió a bostezar. Sentía una modorra grande, un adormecimiento progresivo... Tenía que pensar en elegir un sitio donde la experiencia le resultara cómoda, un sitio en el que poder seguir...

Los altavoces de las líneas aéreas Trans-Europeas anunciaron claramente el despegue de su avión, vuelo 309 para Londres.

Un buen número de viajeros se ponían en pie, obedeciendo las órdenes transmitidas por los altavoces. Pero ya habían entrado en el salón nuevos pasajeros que aguardaban el momento de partir en otros aviones. Hubo anuncios de niebla en Ginebra y otros obstáculos que dificultaban o imposibilitaban ciertos desplazamientos. Un hombre delgado, de mediana estatura, que vestía una capa de un azul violáceo, forrada de rojo, perfectamente perceptible, que se había echado la capucha de la prenda sobre una cabeza rapada, no más desordenada que las que lucen muchos jóvenes de hoy, cruzó la nave para situarse en su sitio, en la fila que aguardaba. Después de enseñar su pasaje, pasó por la puerta número 9.

Más avisos. Un vuelo de la Swissair a Zurich. Otro de la BEA, para Atenas y Chipre... Después, hubo otro tipo de anuncio:

—Se ruega a la señorita Daphne Theodofanous, pasajera para Ginebra, que se presente en la puerta de embarque. El avión para Ginebra retrasó su partida a causa de la niebla. Los

pasajeros viajarán vía Atenas. El avión se dispone ahora a despegar.

Vinieron después otros avisos, referentes a los pasajeros en tránsito para el Japón, Egipto, África del Sur... Las líneas aéreas surcaban el mundo. A míster Sidney Cook, pasajero para África del Sur, se le apremiaba para que hiciese acto de presencia al pie de la escalerilla de su avión, pero antes tenía que pasar por una oficina, donde le iban a entregar un mensaje. Daphne Theodofanous fue llamada de nuevo.

—Ésta es la última llamada antes de iniciarse el vuelo 309.

En un rincón del salón que albergaba a los viajeros en tránsito, una niña observa atentamente a un hombre embutido en un traje oscuro, que se había quedado dormido rápidamente, con la cabeza apoyada en uno de los cojines del rojo sofá. Entre las manos sostenía un pequeño panda.

La pequeña había extendido una mano en dirección al animal. Su madre le dijo:

—No toques eso, Joan. Este pobre señor se ha dormido.

—¿A dónde va, mamá?

—Quizá se dirija a Australia como nosotras —respondió la madre.

—¿Tendrá alguna niña como yo?

—Es muy posible.

La pequeña suspiró, fijando de nuevo la vista en el panda. Sir Stafford Nye continuaba durmiendo. Soñaba en aquellos momentos que estaba disparando sobre un leopardo. «Un animal muy peligroso —dijo al guía del safari en que tomaba parte—. Un animal muy peligroso, sí, según he oído decir. Nadie puede fiarse de un leopardo.»

Aquel sueño se interrumpió de pronto, como suele suceder con todos. Se vio luego tomando el té con su tía Matilda, esforzándose por hacerse oír por ella. ¡Estaba más sorda que nunca! No había oído ninguno de los avisos transmitidos por los altavoces, con la excepción del relativo a la señorita Daphne Theodofanous. La madre de la niña dijo:

—Esto de los pasajeros extraviados me tiene intrigada. Cada vez que una hace un viaje por avión se encuentra con casos parecidos. Siempre hay alguien a quien nadie puede encontrar. Siempre hay una persona que no ha oído la llamada, que no se encuentra al pie del avión o algo por el estilo. Muchas veces me he preguntado qué estará haciendo la persona interesada y por qué se ha ausentado en el momento preciso. Esa miss No

Sé Qué acabará perdiendo su avión. ¿Qué harán entonces con ella?

Nadie fue capaz de contestar a esa pregunta porque nadie se hallaba tampoco en posesión de la información indispensable.